

"Luego, aquel cortejo, esa marcha interminable tras un furgón hermético... una especie de pesadilla... como ir al otro mundo".

Es el poeta Eduardo Anguita, comentando en una crónica el entierro del poeta Vicente Huidobro en Cartagena. "Esa ceremonia triste, patética, rara, desolada y tan terriblemente significativa de sus funerales. Una casa en la falda de un cerro y un ataúd que parecía haber escollado en playa solitaria, entre náufragos. La sensación elemental del profundo vacío...".

Ahora se ha ido él. En otra caja cerrada, rumbo a aquello que desafió en su **Venus en el pudridero**: "¿Escucháis madurar los duraznos a la hora del estío/ a la venida del sol, mientras un príncipe danza/ en vísperas de su coronación?/ **Yo pienso en el gusano**".

Nuevas palabras habrá, de nuevo, para los oídos que ya no pueden escuchar. Doloroso es todo entierro, pero aún más el de un poeta. "Viva moneda que nunca/ se volverá a repetir", dijo García Lorca, no sólo para Antoñito el Camborio.

La noticia de la muerte no debiera ser noticia, pues a todos nos aguarda y de una u otra forma la esperamos, ¡pero qué muerte para un hombre como fue Eduardo Anguita! La belleza que entregó, su

## Comentario de libros:

# La belleza de pensar

Por SARA VIAL

manera silenciosa de vivir, su falta de estruendo. Sin embargo, en su propio hogar, cae sobre una estufa ardiente y muere a consecuencias de las quemaduras. ¿Era una muerte para él? ¿Era "la muerte propia", como decía Rilke?

Retomamos su último libro, **La belleza de pensar**, selección de 125 crónicas publicadas en "El Mercurio" de Santiago entre los años 1976 y 1983 y que en hermoso formato realizó Editorial Universitaria hace sólo cinco años.

Cada una de ellas, tanto como su poesía, nos ayuda a recuperar su espíritu, a escucharlo mejor, como sucede cada vez



que un poeta desaparece del ámbito humano, que parece opacarlo, rebanarlo de la mirada interior, la única con la cual vemos de verdad. No nos hagamos ilusiones. Sucede con todos. Especialmente en Chile.

Cada una de estas crónicas sería merecedora de un comentario.

Tres formas del ser chileno. Síntomas, mitos y obras de arte; Significación de Huidobro, Apriesa cantan los gallos, Los privilegios del libro, El anhelo de identidad, Música y tiempo, La extrañeza, Del silabario Matte a Altazor, Cine de Enrico Grass, Estado de Metáfora, El poeta es una calle, Horror a la belleza, Un Dios le-

gislaador, Sonido y sentido, Nunca es el mismo río, Las estatuas de sí mismo.

"La presencia de la muerte" (dice en **Temblo de cielo**, siempre admirando a Huidobro) "al comienzo y al final de nuestra existencia; la muerte respirando alternativamente con la vida en cada apasionado acto vital; la presencia de la nada, patente por fuerza cada vez que nos **extrañamos** de existir", agregando que "sólo el hecho de que nuestra existencia sea limitada en el tiempo, torna precisamente por eso, eternos nuestros actos".

Premio Nacional de Literatura, pudo al menos ubicar su nombre en esa fila discriminadora de inmortalidad, que elige cada **dos años** a un afortunado, previos burocráticos trámites de relaciones públicas y recomendaciones. Por lo menos, se lo recordará. Despidamos este pequeño recuerdo con sus palabras, contra las que no podrá ni el gusano ni el fuego:

"Yo soy el muerto, aquel que pisaba sus propios pies/ aquel que tuvo vuestro lenguaje y usó vuestras piernas/ sin sombra viva, cubierto de una desolación de ropas blancas./ Aquí hay vuelo sin necesidad de pájaro./ perfume sin flor, ser sin vestido./ Yo soy el que soy, el que nunca fui/ el que a pasos se movilizaba para probar que vivía...".